1927
revista de avance
APARTADO 2228. COMPOSTELA 78

editores
martí casanovas · francisco ichaso · jorge mañach · juan marinello · josé z. tallet ·

Acogida a la franquicia postal e inscrita como correspondencia de segunda clase.

AÑO I | LA HABANA, AGOSTO 30 DE 1927. | NUM. 10

DIRECTRICES

ACCION DE NUESTRA AMERICA ANTE LOS ULTIMOS SUCESOS CUBANOS.—La noticia del procesamiento y prisión de un grupo de intelectuales cubanos, entre los cuales figuran nuestros Martí Casanovas y José Z. Tallet, ha interesado vivamente a la opinión de Hispanoamérica, produciéndose entre los intelectuales de varias naciones hispanoamericanas una intensa corriente de simpatía, manifestada en gestiones para obtener la libertad de los compañeros presos.

El primer testimonio de adhesión fué un generoso cable de Alfredo Palacios, Presidente de la Unión Latino-Americana. Después, el nobilísimo manifiesto a los Intelectuales de América suscrito por Guillermo Jiménez; más tarde, la gestión varia realizada en tierra mexicana por escritores e instituciones de alto prestigio: La "Federación de Artes Gráficas de México", la "Liga de escritores revolucionarios", el "Ateneo de Ciencias y Artes" de la capital azteca, la "Asociación Cívica de México", pidieron, desde los primeros momentos, al Gobierno cubano, la libertad de los escritores y artistas complicados en presunto complot comunista. Al mismo tiempo, fué hecho igual ruego al Embajador de Cuba en México, en instancia que firmaban hombres como Araquistain, Torres Bodet, Diego Rivera, R. Heliodoro Valle, González Rojo, Xavier Villaurrutia, Ortiz de Montellano, Cossío Villegas, Cuesta, Toussaint, Silva Hertzog, Salvador Novo, Monterde, Gorostiza, Torri, Owen, Ramírez Cabañas, Jiménez Rueda, Núñez y Domínguez y Ramos.

El benemérito Don Joaquín García Monge, Director del valiosísimo órgano de intercambio continental "Repertorio Americano", se dispuso a llevar a efecto, sin pérdida de tiempo, por medio de su publicación, un inmenso movimiento por la libertad de nuestros compañeros.

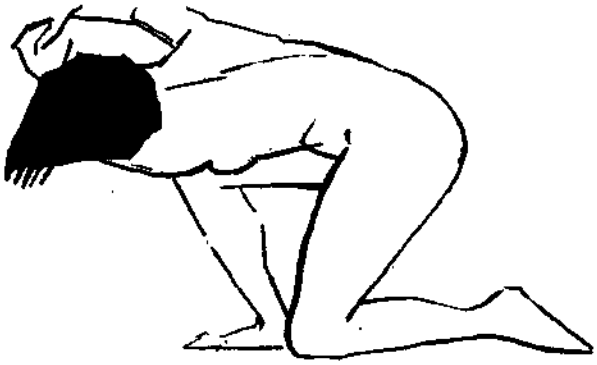
Ya se hallan libres los intelectuales cubanos, pero "1927", al hacer llegar a todos los interesados por la libertad de sus editores, colaboradores y amigos, el más sincero reconocimiento, apunta el hecho muy significativo, de esta fuerte y nueva solidaridad entre los espíritus vigilantes del porvenir de Indoamérica.

EL CENTENARIO DE GOYA.—Jorge Luis Borges, de la Argentina, observó hace poco con su penetrante desenfado, a propósito del Centenario de Góngora, cómo estas celebraciones no suelen ser sino una cómoda manera de reparar, con las efusiones de un año, el olvido de 99. Con todo, es preferible esto a la total indiferencia. Siquiera, en el año privilegiado del centenario hay muchas gentes que "se en-

© Biblioteca Nacional de España

teran", y la celebración alcanza, por lo menos, un valor educativo. Esto, más que un sentido hiperestésico de nuestro deber "racial", nos anima a pedir que se vaya enfocando ya la atención sobre el próximo centenario de Goya. En Cuba, el gran aragonés no pasa de tener una gloria puramente nominal. A Murillo al menos se le conoce por las oleografías de la Virgen arrobada, con los querubes y la serpiente a los pies. Pero Goya fué "humano, demasiado humano", y truhán como pocos, para que los caballeros y los frailes de la Metrópoli tuvieran a bien, antaño, importarnos su prestigio. Todavía hace unos días, ¿no escribió aquí un cura español acerca de la falta de "honestidad" en el arte de don Frasco? Menos mal que, siquiera, no llegó a negar su arte, aunque lo sacara como ejemplo contra "el sexualismo en períodos de celo rabioso" de algún desnudo criollo y moderno. Se nos presenta, pues, una oportunidad de dar a conocer quién fué ese Sr. Francisco de Goya y Lucientes a quien se alude vacíamente de vez en cuando en las propagandas de las tómbolas de caridad o en los discursos académicos de recepción. El problema está en determinar si es posible darle a la celebración educativa del Centenario algo más que una trascendencia minoritaria, de corrillo selecto. A juzgar por lo acaecido con Góngora, anticiparíamos que no, que no es hacedero. Fuera de dos o tres artículos de periodistas atentos, la efeméride gongorina hubiera pasado completamente inadvertida, a no ser por la conferencia de Ichaso con que esta revista conmemoró el acontecimiento. Por lo demás, ni la Correspondiente de la Real Academia Española, que parece haberse dormido sobre sus flamantes diplomas, ni la nacional Academia de Artes y Letras, ni la Universidad estimaron pertinente darse por enteradas de que habían pasado los 99 años de olvido tolerable que señala Borges. Hay trazas de que lo mismo ha de ocurrirle a Goya, si algún golpe de azar imprevisible no lo evita. Y sin embargo, ¡qué buena oportunidad sería, para la nueva directiva de la Asociación de Pintores y Escultores y para la nueva gente de la Academia de San Alejandro, de demostrar que, en efecto, sienten hondamente sus lealtades clásicas! Porque a Goya, ya no cabe imputarle tan francamente como a Góngora el haber sido ancestro responsable de estas herejías nuestras de hoy!

"1927" sí puede asegurar que hará lo suyo, modestamente, para honrar la memoria de aquel tabernario gran señor de la pintura. Con lo cual demostraremos una vez más que nuestro "modernismo" no nos cierra contra todo lo antiguo, sino contra todo lo antiguo que ya no tiene nada que decirnos, porque nunca supo decir mucho...



Por Ramón Loy.

UNA ESCUELA DE PERIODISMO. — Se pretende instituir una Escuela de Periodismo.

¿Qué finalidad persigue? ¿Adscripta a cuál de las ramas de nuestra enseñanza estará esa escuela? ¿Qué disciplinas se cursarán en ella?

Desde luego, una Escuela de Periodismo ha de tender necesariamente a formar periodistas moral e intelectualmente dotados para su misión. En este sentido, el proyecto es digno de loa. Entre nosotros el periodismo es hoy una organización heterogénea, más bien una "desorganización." Con el mirlo blanco del verdadero periodista se codean el correveidile, el agente de negocios y el plumífero advenedizo. Claro es que una escuela de periodistas no contará con medios idóneos para hacer que todos sus graduados sean periodistas decentes; pero es innegable que mucho se depurará la clase el día en que para desempeñar una plaza en un periódico sea necesario poseer determinados conocimientos profesionales.

(Continúa en la pág. 269)

© Biblioteca Nacional de España

EL MOMENTO

NADIE, con preocupación por las batallas ideológicas y estéticas—cruentas batallas en que la sangre mana con lentitud perversa—puede dejar de advertir la significación e interés del *momento cubano.*

Nuestro beatífico quietismo, la criolla rutina, ese "mirar en choteo" las corrientes que inquietan al mundo, han sido suplantados en los últimos tiempos por inteligente curiosidad y—al fin!—por apasionada pugna entre lo que viene y lo que quiere quedarse.

Si cupiese alguna duda sobre la inminencia del combate definitivo, bastaría señalar algunos síntomas indiscutibles. Sería prueba plena observar la organización precipitada de los representativos de lo viejo, sus esfuerzos heroicos por unirse en una última trinchera; la actitud de transacción ladina de los "viejos verdes del arte", prontos a vestir el ropaje a la moda, olvidando que la calentura no está en la ropa; la apelación angustiosa al sentido común y al aplauso de "toda la escala social" y sobre eso y antes que todo eso, flotando sobre estas aguas estancadas, el dominador común:—no entendemos.

Las escaramuzas libradas hasta ahora, dan muestra de lo que ha de ser desde hoy la pugna. Los defensores del *ne varietur,* salvo excepciones contadísimas, se han encastillado en la burla vacua y con frecuencia incivil, cuando no en consideraciones de conmovedor simplismo. Han surgido de sus escondites, donde dormitaban a la sombra del conformismo criollo, el clérigo espeso de cuerpo y de entendimiento, que pide de los guardadores del orden y de la honesta sociedad cristiana, castigo ejemplar para los nuevos heréticos y fuego inquisitorial y purificador para la obra vitanda; el escritor, a quien la indolencia dejó en Lamartine y la falta de voluntad en reportero, que advierte a su clientela—lamentablemente numerosa — la inconsistencia de un arte que no puede calibrarse en el tranvía ni mientras se "sacrifica" un vals romántico; el poeta que a vueltas de "cocinar" el mismo asunto con ingredientes ya desechados, toma por testigo de su valer al vulgo culto, que aplaude la musiquilla fácil del

Por Victor Manuel.

© Biblioteca Nacional de España

consonante esperado y agradece que se le prive de complicaciones y honduras innecesarias; el pintor que, ante la corriente auténticamente nueva pide contenido trascente y sinceridad plena, levanta las pueriles banderas de la "belleza única" y de la "belleza eterna."

Hasta hoy hemos oído en la lejanía la tempestad. El viento renovador parece ya ciclón insular. Como hace un siglo—noche de capas españolas y chalecos rojos en el Teatro Francais—los que sufren la espantable sensación de que la tierra les huye de los pies, gritan a nombre de la cordura y de lo establecido. Los que se aperciben para la batalla de Hernani limpian el coraje.

Pero, el romanticismo llegó a nosotros en la somnolencia de una colonia demasiado atenta a bocoyes y negradas y fué, además, algo que se nos entró muy hecho a la medida por la puerta de la enmohecida comprensión. En ambiente lejano lo absorbieron, por lo común, nuestras más presentables mediocridades y salvo algunos casos de auténtica virtualidad, de aquella revulsión patética, sólo se nos acomodó como una casa propia, lo artificialmente declamatorio y el lagrimeo inacabable. Existen razones para creer que alcanzaremos más alto rango en esta revolución novísima. Su mayor significado constituye su fuerza esencial. Sin entrar por las escabrosas y hoy transitadas veredas del contenido humano en la nueva labor, y sin sustanciar si su manifestación obedece a causas de decadencia o a causas de fuerte vitalidad, es innegable que responde a una actitud sincerísima, a una necesidad espiritual de los tiempos que vivimos. En el "nuevo espíritu" hay algo más trascendente que lo que penetran muchos de sus afortunados cultivadores y su intención va más allá de la línea y del verso que ponen espanto en los campamentos académicos.

Sería pueril sostener, como han hecho algunos, que la "fatalidad" del arte nuevo, su condición de "precipitado" de nuestro tiempo, queda evidenciada por la universalidad que su cultivo va adquiriendo. Países tributarios de lo europeo, toda nueva postura estética e ideológica que adopta París, inquieta más o menos efímeramente nuestras repúblicas miméticas. Y el nuevo credo va interesando a todas las minorías, no como moda destinada a una vida breve, ni como nueva manera de agradar al público que paga lo que está a sus precarios alcances comprensivos, sino como concepción nueva de la vida misma en cuanto ésta es sustentáculo de toda obra de honda y durable influencia.

La juventud, que ha acogido con tan gran entusiasmo la *nueva verdad,* ha de revestirse desde hoy de serenidad y perspicacia, nó sólo para descubrir en el enemigo la maniobra habilidosa, sino para rechazar la legión de los que, sin tener nada que decir ni dentro de la nueva forma ni dentro de la forma vieja, se apropian de la flamante retórica—ya hay retórica vanguardista—tomando para su obra insincera lo que hay en toda nueva manera, por alta y trascendente que sea, de externo y circunstancial.

Felicitémosnos con todas las potencias del alma de que el gran momento sea llegado. Apercibámosnos para que pronto nos enorgullezca si no una literatura y una plástica originalmente nuevas y esencialmente cubanas, al menos, un honrado aporte de elementos vernáculos a las modalidades actuales y una marcha que nos ponga rápidamente al compás con las verdaderas vanguardias de más afortunadas latitudes.

J U A N M A R I N E L L O

"We are not foreigners enough in our own surroundings."

CHRISTOPHER MORLEY.

Los "modos" de belleza cambian. El "modo" de atacar esos "modos" es eterno. He aquí la fórmula invariable: "No entiendo".

© Biblioteca Nacional de España

POESIA NUEVA EN CUBA

Con "El trompo de siete colores" se reveló Bernardo Ortiz de Montellano como una de las sensibilidades mexicanas más auténticamente orientadas por los nuevos derroteros líricos. Ahora se nos muestra, en estas finas observaciones sobre nuestra lírica actual, poseedor de original perspicacia crítica.

EL grupo minorista de la Habana, selecto, orientado, alza la voz para iniciar la revancha contra el tiempo, desnudando sus propios horizontes. Pintura, Teatro, Poesía, Crítica—este nuevo género creador—al amparo del año, hoy 1927, se renuevan en Cuba al empuje de su juventud enrolada a la falange que intelige, la nueva orografía del pensamiento, en América.

Por fortuna todavía el público les ignora, minoristas de todas partes que son a un mismo tiempo predicadores y oyentes, libertándoles, porque el hablar consigo mismo es, desde Gracian, el camino maduro del espíritu, creándoles además el santo y seña tipográfico de las Revistas nuevas, hechas para cruzar el mar, con que estos grupos se entienden, con entendimiento masónico. (C'est bien, Paul Morand: "Una generación es, en el fondo, siempre, una masonería).

Pero ¿y la Poesía? La poesía, seamos justos, está sufriendo ¿gozando? la invasión de la novela. El cinematógrafo, con múltiples cazadores, dióse a deshumanizarla robándole todos los argumentos, todas las descripciones y, además, la psicología externa y el realismo de que abusó a fines del Siglo XIX a tal punto que, cuando llega Proust con la investigadora conciencia de su sillón de ruedas y el microscopio de la memoria, tiene que volver del revés el género hasta iluminarnos lo oscuro de la vida y del pensamiento. (¿No es este un terreno de la poesía?).

Para la poesía de América pasó el romanticismo de Martí y de Gutiérrez Nájera; el modernismo de Darío y Nervo. Los más destacados poetas cubanos de hoy, Marinello, Tallet, Loynaz, han doblado esa sirte y la otra infusa —¡bella!—de Juan Ramón Jiménez va también quedando atrás. Con qué diferente ponderación—ese equilibrio del gusto de linaje Goethiano—y valedora cultura emprenden, estos poetas, la ruta alejados del grito romántico, simplemente patriótico o sensual, tanto como del vanguardismo exagerado que es extravío de la incultura.

Marinello finamente unido a la buena poesía tradicional, pura como el lenguaje mismo, prefiere seguir la curva—vuelo indeciso —que forja la canción aun sin la música y casi también sin las palabras. Tallet, nuevo en sí mismo, rico de ese nuevo grado y agrado de la emoción que es la tierna ironía gozadora del dolor por la inteligencia y Loynaz, el más joven, buceadores inquietos, alzan, de un golpe, la lírica cubana hasta los hombros del arte actual.

B. ORTIZ DE MONTELLANO

© Biblioteca Nacional de España

SOBRE UNA LOCOMOTORA

A la "Revista de Occidente", la gran publicación de Ortega y Gasset, debemos, con "El Buen Viento", el conocimiento, en amplios sectores, de Máximo Bentempelli. De "Ulises", la fina Revista mexicana de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, tomamos el cuento que sigue, lleno de la intensa y fuerte modernidad característica en el autor de "La donna de miei sogni".

IGNORO cómo me vino la idea de subir en una máquina de vapor a la carrera, al lado del maquinista.

No me es posible describir esa máquina ni nuestra carrera. Todos los elementos—metal y calor, vapor, polvo y viento—se han mezclado en mi memoria, confusos y deshechos.

Era un castillo de fierro y fuego.

Durante algún tiempo, mientras corría, fuí presa de una exaltación que, girando en mi punto más íntimo, no lograba agitar mis miembros, sino que, aferrada al centro de mi corazón, me mantenía inmóvil y casi estupefacto. Luego, el maquinista me hizo echar carbón dentro de las fauces inflamadas de esa especie de bestia. Este ejercicio me reanimó: ahora me movía, me ensuciaba, me quemaba las manos, sentía en la garganta el olor rabioso del humo y se fundía mi inmovilidad interior. Descentrado, conseguía identificarme con la máquina. La máquina volaba y entonces me sentía próximo a caer en aquella agitación exterior, de la que ansiaba huir por miedo a la locura.

Por Annekoff.

Me salvé gracias a una invención retórica. Mirando hacia el horno inquieto que alimentaba, dije:

—He aquí las fauces de un dragón.

La estupidez de la imagen me hizo reir, y en un instante estuve a salvo.

Pero el maquinista no decía nada.

No tenía la más remota idea sobre la naturaleza de aquel hombre.

Ese silencio suyo volvió a inquietarme. Miré al derredor. Hasta ese momento no se me había ocurrido atender al paisaje que atravesábamos.

Era una llanura; mejor dicho: una landa, y sin término, tan igual que, aun volando, permanecíamos siempre en su centro. Era amarillenta bajo el aire pálido del día.

Tuve de pronto la impresión de que era el silencio de mi compañero lo que producía la infinita llanura, manteniéndola eternamente extendida por delante y a nuestro alderredor.

Por más que esforzaba mis pupilas no podía suscitar un césped, una brizna de hierba en los fugitivos horizontes de la planicie infinita. Miré al hombre que, callado, mantenía la cabeza reclinada sobre un manubrio. Me convencí de que a una palabra suya se rompería aquel infinito; quizá se replegaría hacia nosotros un girón cualquiera de aquel horizonte: despuntaría un arbusto al lado del camino, una colina aquí o allá. Buscaba desesperadamente algo que decir, y mientras más me esforzaba, más superponía al otro este nuevo infinito tenso de mi silencio. La máquina volaba.

Entonces, comprendiendo por segunda vez

© Biblioteca Nacional de España

que iba a enloquecer, y no pudiendo hablar, busqué un acto en que absorberme que me sacudiera de nuevo. Abrí la puerta a la boca de la bestia, esquivé las lenguas de fuego que volaban hacia mí, volví a echar adentro brillantes cubos de carbón con la pala, y el maquinista dijo:

—¡Bravo!

Su voz me desencantó. No me acordé de ver si en torno mío se había resentido también el paisaje. Mientras me levantaba de las llamas, satisfecho y vanidoso, me preguntó:

—¿No tiene miedo?

—¿Miedo de qué?

—Miedo de morir.

—No, respondí muy sinceramente.—Cuando tenía veinte años me parecía posible morir de un día a otro, y tenía miedo. Ahora creo estar muy lejos de la muerte.

Como él no me respondía, para no cortar la conversación, agregué una consideración trivial:

—Por lo contrario, es evidente que estaba más lejos de la muerte entonces que hoy, puesto que han pasado tantos años.

—Falso—replicó.—En cualquier momento, desde la hora en que se nace hasta la última, el hombre está siempre igualmente cerca de la muerte.

Ante esta salida, permanecí primero desconcertado; luego, rápida y muy bastamente observé:

—Es verdad, un accidente...

—¡Qué accidente!—me interrumpió. En la vida no hay accidentes.

Yo esperaba; él continuó:

—Creéis todos que la vida es como una calle: "el camino de la vida", que en cierto momento o después de algún tiempo termina. ¿No es cierto? Creyendo esto, pensáis naturalmente que, en general, un hombre está más cerca de la muerte cuando tiene cincuenta años que cuando tiene veinte. ¿No? Se lo diré más claro. Usted, como todos, cree que se trata únicamente de saber o no saber cuándo se morirá. Nada de eso. No hay un camino de la vida ni, una vez pasado el tiempo para recorrerlo, la muerte a su fin. La relación entre vida y muerte no es una relación de tiempo.

Me contenté con preguntar:

—¿Entonces?

Se inclinó sobre el lado derecho, apoyándose sobre el borde de la máquina como para ver mejor el camino al frente; después se volvió hacia mí con una sonrisa que me pareció maligna. La ocultó rápidamente y dijo:

—He aquí: Usted, como todos, recorre un camino, el camino de su vida. Bueno. Pero también allí está la muerte; no la muerte en general; no una muerte, sino su muerte en particular, la suya que, nacida del mismo parto con usted, desde ese día sigue a su lado, prevenida, muy cerca, pongamos: a cien pasos, un camino perfectamente paralelo al que usted recorre viviendo. Por eso en cualquier momento de su vida, usted ha estado igualmente cerca de su muerte: a cien pasos.

—Lo que usted me dice—observé—es muy consolador. Yo estudié en la escuela que dos paralelas no se juntan nunca; por lo tanto, no encontraré jamás mi muerte. Evidentemente, soy inmortal, por fuerza.

Me miró con el relámpago de aquella risa del principio. Después continuó:

—Un momento, usted es inmortal si quiere, no por fuerza. Es Ud. quien hace su vida, es Ud. quien debe andar derecho; Ud., su fuerza; es decir: su voluntad. Si sabe mantenerse siempre en el camino recto, el camino de su vida permanecerá siempre paralelo al de su muerte, y sólo morirá Ud. en el infinito. Pero si se cansa o se distrae un momento, entonces hace Ud. un ángulo, un pequeño ángulo. Seguro no lo nota en ese momento. Y aunque vuelva a tomar fuerza y a poner atención y ya no se incline más, el mal está hecho: después de un tiempo más o menos largo (según el ángulo) va Ud. a desembocar al camino de su muerte, que estaba a pocos pasos y al que ahora se junta. Se entiende que si se da cuenta a tiempo y salta al otro lado, puede evitarse.

—He aquí por qué a los veinte años estaba tan desconfiado y como cansado.

—Cierto. Estaba Ud. entonces muy cerca, había Ud. hecho ángulo. Se ve que antes del momento fatal dió Ud. el salto a la izquierda.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Por qué a la izquierda? ¿El camino de la muerte está, pues, a la derecha, a la derecha de todos?

—Tengo una impresión—respondió el maquinista después de una pausa—; pero seguramente no sé decirle por qué. Puede que desvaríe. Además, no tiene importancia. Lo interesante es que esté Ud. convencido de mi teoría; mejor dicho, de mi descubrimiento.

—¿Descubrimiento? No estoy convencido, absolutamente. Creí que fuesen pláticas para distraer lo largo del camino.

—A este camino no se le distrae, señor.

Me arrepentí de mis palabras. Pero, de pronto, pareció sumergirse en no sé qué otros pensamientos. Por fin, súbitamente, dió dos o tres golpes violentos contra una palanca, por lo que la locomotora vibró como si se dispusiera a dar un salto. Me asusté:

—¿Qué hace?

—Nada. Me da ira pensar en la estupidez de los hombres. Han querido convertir la relación entre la vida y la muerte en una función del tiempo. Bonita necedad. ¿Sabe cómo han hecho? Han inventado la "Carrera". En la carrera sí tienen razón.

—¿En qué tienen razón?

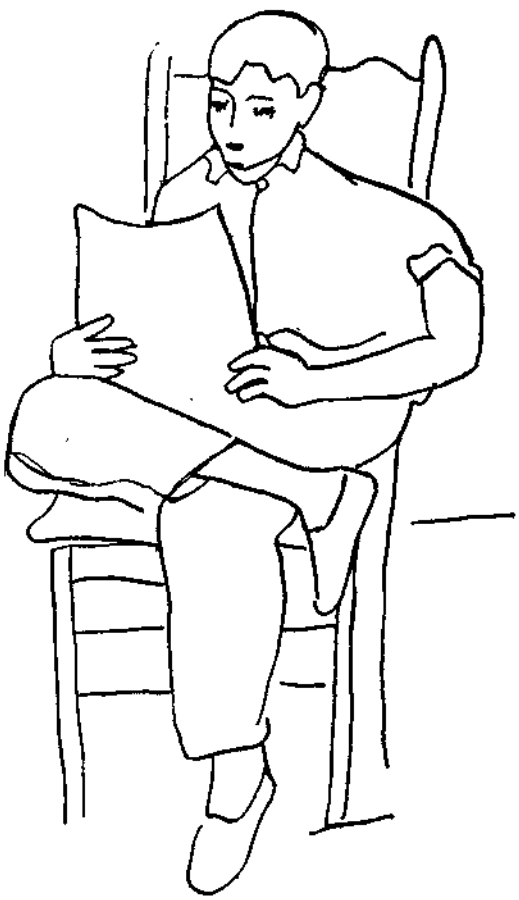
—Es evidente que un jefe de división está más cerca de la muerte que un jefe de sección

—Exacto.

—De este modo, por medio de la carrera, han inventado la juventud y la vejez como expresiones de tiempo y no como caracteres individuales; de allí nació el error. Ha sido después de esta invención (obra del diablo, naturalmente) cuando cada hombre ha tenido una edad y, en consecuencia, empezó a envejecerse regularmente. Vea Ud. si no ha sido una barbaridad.

—Enorme—dije yo, que ya había resuelto darle de ahí en adelante la razón en todos los puntos. Miré alderredor para encontrar una distracción de aquellos pensamientos abrumadores. Y el hombre, que parecía no verme, dijo con una especie de impaciencia:

—¿Por qué mira el manómetro? Funciona con toda regularidad.



Por Romero Arciaga.

—No miraba el manómetro. Me preguntaba cómo podría hacerse para saltar a la izquierda cuando le coge a una una pulmonía u otra enfermedad.

—Ud. me hace objeciones demasiado bastas. Ya le he explicado que no hay accidentes...

—Explicado, precisamente, no.

—Del mismo modo, no hay enfermedades. Digo: enfermedades físicas. Las llamadas enfermedades son el efecto de momentáneas distracciones o cansancios de nuestra inteligencia; esto es, de la voluntad de vivir, que es la misma cosa. ¿Ha observado, Ud. que hablaba de accidentes, que aun en la misma guerra mueren sólo los que tienen mucho miedo o los que tienen demasiado valor? A unos y otros, por razones opuestas, les falla la mano o les tiembla la vista y hacen el ángulo, ese pequeño ángulo fatal que desvía hacia la derecha.

—¿Insiste usted, entonces, en que la muerte está a la derecha?

—Le confieso que tengo esa impresión ineludible.

Aquí mi maquinista cesó de hablar. Y me

© Biblioteca Nacional de España

parecía que había terminado, que había dicho todo. Ahora el silencio me pesaba más que al principio; me mordía. Parecía que se hiciese sólido y estrecho en torno de mí, como si la muda atmósfera se solidificara en hielo y me cogiera dentro. Hasta el fuego que traslucía por las comisura de la portezuela negra se había hecho denso; lo mismo el vapor que escapaba a veces de las válvulas. Entonces, más desesperadamente que al principio, tendí mis oídos hacia la landa, hacia los horizontes, hacia el infinito circular, para agarrar en el viento el germen de un sonido.

En esto, hacia el lado derecho oía despuntar y como exprimirse fuera del silencio un rumor; sospeché que existía desde hacía ya tiempo, pero que no lo había advertido: sonido impreciso, pero continuo, que seguro no se dejaría atrapar; débil, implacable, casi un susurro o un murmullo, como un correr paralelo, correr de ruedas, que probablemente crecía. De repente, encontré de nuevo voz y movimiento, y agarrando un brazo al maquinista, clamé:

—A la izquierda, por caridad; un poco a la izquierda...

Súbitamente sentí helarme, porque un nuevo pensamiento me hirió en la frente y, sudando y casi desmayado, casi sin voz, me sentí que decía:

—Oh, los rieles. No se puede: aquí se va por rieles.

En esto, el maquinista, teniendo las manos en las palancas, torció hacia mí todo el busto y me mostró una cara iluminada y sonriente.

—Asómese—dijo—; mire el camino delante de la máquina.

Con qué deconfianza me levanté, y, asomándome lo más que se podía fuera del pretil de hierro, miré la llanura sobre la cual corríamos a toda velocidad.

Con violento y nuevo espanto vi que no había rieles.

Terror fué, porque olvidando en un momento el otro miedo y las teorías imaginarias y el temido camino del rumor paralelo, me embargó y me turbó un solo sentimiento que era éste temor más fuerte: el sentimiento del absurdo de una locomotora que corre por un terreno sin rieles. Por lo cual, casi loco me arrojé sobre el brazo del maquinista y seguro gritando me pegaba a él y apretaba la cara contra su espalda, para obligarlo a detener o para no ver, no ver ya nada esperando no sé qué desastre. La angustia me impidió medir el tiempo transcurrido así; pudo ser un minuto o muchos años. Hasta que, volviendo de esa suspensión de los sentidos y recobrando alguna calma, me levanté dándome cuenta de que la carrera había disminuído mucho y que había en torno un accidentado paisaje crepuscular con casas, muchas casas, girón de ciudad; una calle de la que veía a izquierda y derecha interiores de habitaciones humanas con luces encendidas sobre mesas tranquilas y rostros de mujeres asomándose a cerrar las puertas. Después entró el tren bajo un techo clamoroso y nos detuvimos.

El maquinista brincó fuera. Debido a que bajo el gran techo las luces eran confusas y se mezclaban con zonas de tinieblas, no comprendí donde estábamos; además, me sentía anonadado. El me invitó:

—Baje. Hemos llegado.

Bajé y le pregunté:

—¿A dónde?

—A cualquier parte—respondió.

Estaba atónito de la violencia de la carrera; pero pregunté aún:

—Perdone; de cualquier modo, ¿su tren qué cosa es?

Sacudió los hombres respondiendo:

—¿Qué quiere que sea? Sólo un tren como todos los trenes.

M A X I M O B O N T E M P E L I

Mucho quitamos a una obra clásica si pasamos por alto su valor arqueológico.

Un baluarte de la inteligencia: el Humorismo. Un reducto de la incomprensión: el Choteo.

© Biblioteca Nacional de España

MARTI, POETA NUEVO

Por RAUL ROA GARCIA

SIMBOLO de nuestra época es la piqueta revolucionaria. Es decir: audacia, inconformismo, afán de porvenir.

Paralelamente, empero, la confrontación se impone. No sólo lo noviestructural es lo genuíno. Tan revolucionarios fueron los versos de Rubén Darío como lo son ahora las estrofas dinámicas de Block. Todo el que cumple ampliamente con su tiempo lleva en sí una partícula de eternidad. Eso es lo que ha ocurrido con Góngora, el Greco y tantos otros que hoy llamamos comprensivamente precursores. Eso es lo que ocurre con la obra literaria —que no con la política,— de nuestro José Martí. En sus dos aspectos, prosa y verso, lleva vigorosamente impreso el sello de la actualidad perenne.

Como poeta, —del prosista trataremos en otra ocasión,— ¿a qué escuela lírica perteneció Martí? Propiamente a ninguna. De todas las tendencias literarias de su época no había una que latiera acorde con su ritmo espiritual. Todas trascendían a refinamiento, a egolatría, al más acendrado burguesismo. Aún cuando leía a Baudelaire y a Verlaine, a Dubus y a Moreas, a Rodembach y a Poe, no los imitaba. Su salud intelectual, su cerebración robusta estaba en pugna con la ideología brumosa, casi se diría enfermiza, que distingue al simbolismo francés de su proyección americana, el modernismo. El lo decía: sólo lo directo es poderoso. Lo que otros nos legan es como manjar recalentado. Y poniendo en práctica su credo no hurgó sino en su propio pecho-caverna de penas sin nombre. Y desde entonces fué poeta nuevo. Desde entonces "el arte por la vida" fué su norte.

Precursor del modernismo denominan críticos agudos a José Martí. Y se equivocan, en parte. Precursor en cuanto amó la libertad artística, la estética acrática, el verso de una sola pieza, la renovación ideológica. Radicalmente antimodernista en lo referente a la elección de los motivos. Bien distintos a los de Casal y Silva, de Gutiérrez Nájera y Darío, quienes se llegaron a encerrar en la hermética Bastilla del subjetivismo. Los versos de Martí no responden a falsas posturas, a simulados dolores. Nacieron casi siempre "de grandes miedos o de grandes esperanzas".

Así en los días de su apostolado recibe malas noticias de Cuba. El déspota español se reafirmaba. Y sucumbían los patriotas a la influencia del medio. El sueño libertario se esfumaba en la pasividad. Y al choque de esa realidad terrible, sintió Martí que en sus entrañas algo se desgarraba, se rompía. Desesperado se dió a escribir versos hirsutos, bravíos, roncos de cólera. Eran versos imponentes, selváticos, huracanados, sin consonancias ni asonancias. Eran sus *Versos libres.*

En ellos se revuelve enfurecida la ardorosa indignación del revolucionario. Males del corazón, ¿a qué nombrarlos? El poeta queda oscurecido ante el recuerdo punzante del pueblo, que, allá lejos, a "la orilla del mar salobre", gime sin consuelo entre las garras brutales de la tiranía colonial. La intensidad y el dramatismo de esos endecasílabos pujantes sólo encuentran eco en el poema "Los Doce" de Alejandro Block. En la literatura de vanguardia —al menos en la americana,— no hay nada parecido a los "Versos libres" de José Martí.

© Biblioteca Nacional de España

Angustias continentales son las que le determinan a escribir versos, meses más tarde. Fué aquel trágico invierno, "en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington los pueblos hispanoamericanos." Visionario y, por ende, dotado de intuición histórica, pudo trasponer Martí los umbrales del mañana y vió a nuestra América indígena genuflexa miserablemente ante el coloso del Norte: veinte pueblos libres trocados— por la penetración económica y la discordia intestina,— en veinte pueblos esclavos. E incapaz de resistir —él que se debía a la América, pues de ella era hijo,— tan dantesco panorama se fué a refugiar "al monte" y en sublime "comunión con la naturaleza" escribió versos pequeños, copas con música, exaltaciones verbales, alardes imaginativos, sueños de amor, paisajes psíquicos. Y recogidos luego en minúsculo volumen formaron su colección de *Versos sencillos.*

Esencialmente nuevos son los *Versos sencillos.* Cualquier poeta de vanguardia puede firmarlos como propios sin traicionar sus ideales estéticos, por muy avanzados que éstos sean. Adviértense en ellos —a excepción de la rima,— todos los ingredientes que se emplean en el laboratorio gigantesco de la poesía nueva. Nada falta: ni la sinceridad artística ni la metaforización constante. Abundan los contrastes ideológicos, las situaciones anímicas. Y no son raras las alegorías, ni los simbolismos trascendentes:

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo;
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

La visión de la vida a través de un prisma puramente plástico alcanza en la poesía de Martí sorprendentes cristalizaciones. Y al desborde inagotable de color y luz se aunan, como en milagrosa concreción, la riqueza verbal y la soltura en el procedimiento. Tampoco le es ajeno el don sintético. Aprisiona en el frasco de un poema las fragancias opalinas del poniente.

Y en cuatro versos hace que reviente —granada luminosa,— el día:

El clarín solo, en el monte,
canta al primer arrebol;
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el [sol.

Por Rafael Blanco.

Fué el impenetrable Mallarmé quien introdujo en la literatura "la imagen como resorte de la emoción fragante y de la visión inesperada". Puesto en práctica el precepto por los ajenjosos concurrentes a los Martes de la calle Roma, ahora más que nunca se hacen los poemas a base de imágenes, de construcciones mentales que carecen de significación y sentido para el academizante y el burgués. En su época fué Martí el primer imaginífico. Logró singularísimos aciertos, de los cuales se valió posteriormente, con gran éxito, Rubén Darío. Y llevó sus atrevimientos hasta lo inadmisible:

En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:
le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

Bien dice el camarada Fernández de Castro en su notable antología "La poesía moderna en Cuba" que en el postulado martiano "todo está dicho ya, pero las cosas cada

(Continúa en la pág. 269).

© Biblioteca Nacional de España

Poemas de Pere Guilanyá, Alfons Maseras, Ventura Gassol y J. Carner Ribalta

Traducidos expresamente del catalán para la revista "1927", por Emilia Bernal. — París, Mayo de 1927.

PERE GUILANYA: poeta extraño, cazador constante de nuevos motivos sentimentales e ideológicos, intelectualmente sensitivo, cuyo único libro VOLUPTAT, lo ha colocado, de un salto, a la altura de los más grandes poetas catalanes. En breve publicará VIXIT, elegía, y BRASAS, poemas de amor. De difícil, casi imposible, traducción, sus poesías transplantadas al castellano pierden en gran parte su originalidad y su fuerza, viniéndoles a quedar de su reconcentrada esencia apenas un evocador perfume. Del volumen citado son las poesías DANZARINAS y A LA AUSENTE.

Las Danzarinas

Con gracia venusina y luminosa
danzan, los pies en sedas verdes presos,
ágiles como el aura que el perfume
de su pelo de lluvia roza suelto.
Las rosas de sus senos tiemblan castas
y los hilos de brisa de las vestes
abren, y entonces la riente gracia
surge, cual inmortal licor ardiente
y nos incendia dentro y nos sacude
su desnudez de llama y de serpiente.

A la ausencia

Pálida ausencia, sabor
de vacío, que estremecer
me haces. ¡Qué lejos de mí
todo lo encuentro! No más
el recuerdo de mi anhelo
me incendia de una ilusión
cual lluvia de claridad
que se esparce por mi cielo
deshaciendo su negror.

Pero vuelves prontamente
al dulce instante inclemente
y arrancas del más allá,
celosa, mi alma que
toda al olvido te daba.
Y vuelves a estremecerme
y otra vez lo vuelvo a hallar
todo lejano de mí...!

VENTURA GASSOL: escritor, dramaturgo y poeta catalán que actualmente se halla desterrado en Bélgica en virtud de su directa intervención en los últimos acontecimientos políticos ocurridos en Cataluña. El poema CABELLERAS, de su libro AMFORAS, cuya segunda edición acaba de ver la luz en Barcelona, es una prueba de su fuerte y novedosa manera de trovar.

Cabelleras

¡Oh, cabellera afelpada
de Jesús puesto en la cruz,
toda ungida e impregnada
de soledad, y sin luz!

Tú que dulce y recogida
pareces compadecida
del triste crucificado
y en un rincón apartado
te ocultas toda la vida,
ten piedad del ansia mía.
Olvido sólo quisiera
de aquella otra cabellera
que me obsede noche y día.

Negra y entenebrecida,,
perfumada fuertemente,
ondeaba conmovida
como una hirsuta serpiente.

Mi juventud, anhelante
de un deseo que atormente,
al duelo de cada instante
la seguía impenitente.

La ciudad toda bullía
con tumultuoso clamor
pues contrita revivía
la tragedia del Señor.

Sin embargo, en su memoria,
de Jesús Crucificado
oscurecías la historia,
cabellera de pecado.

Que tenebrosa y sombría
como la del Cristo era
y a la gente conmovía,
volando tu cabellera.

Arrepentido y doliente
me empezaba a castigar.
¡Ah, quién pudiera olvidar
aquella hórrida serpiente!

La luz resplandecería
de nuevo en la celda mía
y su nocturno fulgor
muy pronto adelgazaría
la tiniebla del Señor.

¡Oh, mi celda tan austera,
violada con mal despecho
por aquella cabellera
que nunca olvida mi pecho!

Cada vez la veo mejor
de la noche en la pavura,
enmarañada y oscura
esparciendo su terror.

Y siento que rumorosa
se me va acercando, cual
ala de un ave sombrosa
que sólo me anuncia mal.

De ella quiero huir, y así
con amargura lo intento.
A Dios me encomiendo, y
¡divino estremecimiento!
la siento dentro de mí.

Y me consuela esperar
que de la muerte al momento
se pueda mi alma librar
de esa imagen de tormento.

Gozando de aquella umbría
que se torna amable y pía,
toda piedad y cuidado,
aterciopelada y pura,
cabellera de negrura
de Jesús Crucificado.

J. CARNER RIBALTA, que no debe confundirse con JOSE CARNER, el más grande y complejo de los poetas catalanes actuales, ha adquirido ya notoriedad en Cataluña, a pesar de su homónimo. Su poesía está impregnada de ese lirismo nebuloso y sensitivo a que no han acostumbrado los poetas ingleses, que CARNER RIBALTA ha estudiado y traducido. Su libro ACORAMENTO I GAUDIS (CONGOJAS Y ALEGRIAS), es rico de sensibilidad y de matices. Además de poeta, CARNER RIBALTA es ensayista, y las letras catalanas le deben un concienzudo trabajo sobre los poetas de la revolución rusa y la traducción de GITHANJALI, de RABINDRANATH TAGORE.

Metamórfosis

Pues que bella y no obstante crüel
no te quieres doblar a mi amor,
pues que tienes la gracia de aquel
cervatillo de ágil temblor,

pues que púber, la rosa del pié
y las trenzas belleza te dan,
te haré como a la ninfa hizo Pan:
siete flautas de caña te haré,

Y así podré
hablar
cual tu boca chiquita, y podré
claridades sonoras cantar.

ALFONS MASERAS: poeta y escritor catalán cuyo libro LA LLANTIA ENCESA, recientemente publicado, ha sido un nuevo exponente de su gran sensibilidad y refinado talento. Su prosa rica y su estilo repujado, así como la factura realista y la trama fuerte de sus obras, lo han hecho uno de los escritores más leídos en la Cataluña del día. Entre sus mejores novelas merecen citarse: EDMON, LA FI D'UN IDILI, L'ADOLESCENT, ILDARIBAL, A LA DERIVA... Como cuentista ha quedado definida su personalidad en CONTES A L'ATZAR, CONTES FATIDICS, FIGURES D'ARGILA... Su obra poética es menos numerosa; pero más pulida. DELIRIUM, EGLOGUES, seguido del POEMA DELS CAMINS y LA LLANTIA ENCESA, forman una trilogía de verdadera selección espiritual. De LA LLANTIA ENCESA es el soneto que sigue, el cual simbólicamente cierra el aludido volumen, con su nota de humana dulzura y estóico reconocimiento.

La Lámpara encendida

¡Consúmete! ¡Arde aún lámpara acobardada
de mi infeliz espíritu! En el hondo negror
nada será mentira, ni será cierto nada
cuando al eterno soplo se apague tu temblor.

Entonces todo goce y belleza extinguidos
y muda la voz trémula de alegría y dolor,
ni el tiempo ni el espacio podrán ser ya medidos
y la luz que fué tuya volverá a ser negror.

No temas más la mano que un día ha de apagarte
pues es la mano misma que otrora te encendió
y en el vacío, inútil, al fin ha de colgarte.

Dulcemente consúmete en tu dulce agonía
hata el postrer fulgor de tu destello, no
menos bello y glorioso que brilló el primer día.

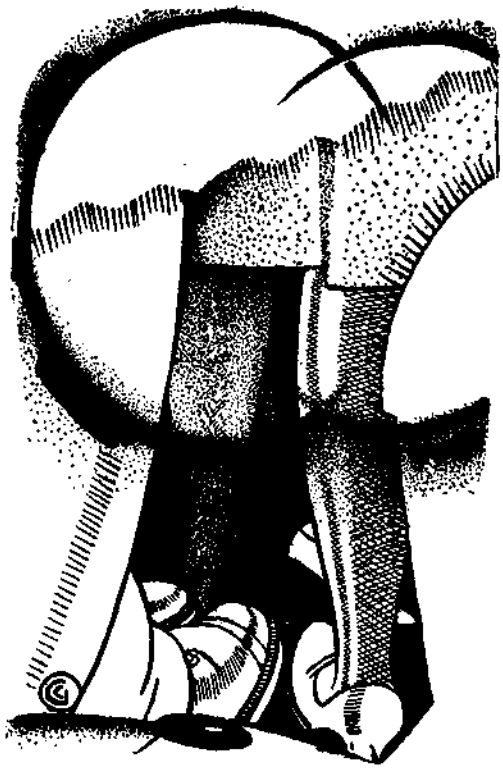
© Biblioteca Nacional de España

T A N T A L O

Para Alfonso Hernández Catá.

ESTABA condenado a vivir su vida en constantes ascensos y descensos físicos. Trabajaba en un almacén de confecciones, y su ministerio—grave de responsabilidades mercantiles—era la maniobra del elevador.

Le habían asignado a ese servicio como último recurso. Desde que entrara en "la casa", a empellones cordiales de un paisano, olímpicamente retirado de la gerencia al empíreo de su aldea, el muchacho había recorrido todos los departamentos "sin dar resultado." Era muy escaso de luces naturales —brutote, honrado, directo, sensual. En el Departamento de Telas, tuvo un percance con una jamona robusta, que le sorprendió inclinándose abusivamente sobre el motsrador para atisbarle la vertiente del escote. En el Departamento de Joyería, confundió una vez lamentablemente dos grados de imitación, vendiendo por el precio de los burdos un brazalete de deslumbrante novedad. Destrozó un bibelot en el Departamento de Regalos y dejó a Pierrot ridículamente arrodillado, con cítara y todo, a los pies de una Colombina hecha añicos. Y, en fin, en el Departamento de Artículos para Niños, tan frecuentado por todas las mamás de celo gallináceo y por todas las abuelas de irascible ternura, le pegó cierta vez un moquete disimulado a un nene imposible, que se había tomado la libertad de montarse en un velocípedo todavía virgen... Aquel fué el mayor escándalo. El niño puso el berrido en el quinto piso, que era el más alto de la casa. La mamá sibiló imputaciones de "zoquetería peninsular" y habló de retirar la cuenta. Hubo que darle explicaciones. Y a Baltasar, el recomendado itinerante, se le llamó a la oficina, se le hizo historia de sus torpezas y desafueros, se le invitó a retirarse para la deliberación de sentencia y se le llamó después para escucharla:



Por García Cabrera.

"Es la última oportunidad que le damos. Usted no sirve para la tienda. Vamos a ver si sirve para manejar uno de los elevadores."

Y sirvió. Llevaba ya dos años en la faena. Había desarrollado una técnica insuperable. ¡Con qué soberbia displicencia mejoraba el aparato! Lo detenía, de una sola vez, al filo mismo de cada piso, con precisión matemática. Entre sus dos manos, había logrado una perfecta y simultánea disociación de voluntades: mientras la izquierda descorría, con diligente soltura, la reja plegadiza de seguridad, la derecha hacía girar la palanca motriz y ascendía luego a darle un golpecito breve y suficiente al botoncillo del indicador eléctrico. Era un juego de infinita elegancia; y Baltasar ponía siempre en él, ante la mirada distraída y algunas veces admirativa del pasaje efímero, esa mezcla de deliberación y de descuido que constituye la genuína maestría.

La orgullosa conciencia que tenía de su des-

© Biblioteca Nacional de España

treza compensábale de las desventajas de su función. Había que rezar inacabablemente, a cada carga humana, la larga letanía avisadora de las especialidades de cada piso—"Vestidos y Sombreros... Ropa Interior... Artículos para niños... Mantelería y Ropa de Cama... Cretonas y Damascos..." Y, al principio, Baltasar, que era algo tartamudo, incurría en promiscuidades verbales que le obligaban a las más patéticas rectificaciones, entre las sonrisas compasivas o burlonas de la clientela. No era cosa fácil aquel hilván solemne de surtidos; pero la repetición constante, unas quinientas veces al día, crió hábito, engendró perfección; y hasta le sirvió a Baltasar de ejercicio terapéutico para su tartamudez, como los guijarros a Demóstenes.

Vencida esa dificultad primeriza, hiciéronse sentir las más permanentes, derivadas de la temperatura y del continuo estar en pie. En verano sobre todo, los tres metros casi cúbicos de atmósfera dentro de la movible jaula de acero, se hacían irrespirables. Baltasar se asfixiaba, todo rojo y húmedo, dentro de su prestigiosa guerrera de dril kaki, cuyo tieso cuello le anillaba el pescuezo. ¡Cómo odiaba él los días de gran venta, las espectaculares "Ventas especiales", tan pingiies para la casa! Una multitud cargada de paquetes y codiciosa de "gangas" se atropellaba entonces dentro de los elevadores, apretándose hasta la congestión. Baltasar perdía su aire solemne y tenía que renunciar a mantener sus distancias, su área de autoridad, su radio polémico junto a la palanca. Cuarenta o cincuenta suelas y tacones de diverso calibre se ensañaban contra los amplios y aristudos remates de su propia humanidad. El hacinamiento era angustioso. La gente jadeaba, labios con nuca, pechos contra espaldas. Había instantes, antes de la "arrancada", en que parecía que el ascensor iba a estallar como una santabárbara. Menos mal que en seguida sobrevenía el alivio del ascenso raudo, con su tibia brisa artificial. A medida que el elevador se iba descargando en los pisos, Baltasar respiraba mejor, y hacía cosecha de optimismo y de resignación para el siguiente viaje.

Así cumplió durante dos años, con entera satisfacción de "la casa", que veía ya definitivamente resuelto el problema del apadrinado. También él era feliz. ¿Qué importaba que el resto de la dependencia, en las horas de asueto, se burlara de su función subalterna? Baltasar poseía los rudimentos de una filosofía energética, aunque humilde: cada cual no estaba obligado a hacer más que lo que podía, y si lo que podía lo hacía muy bien, valía tanto como el que más. Animado por esta convicción, no se quedaba manso ni pasivo ante las jácaras. Devolvía la sátira con la sátira, a su manera aldeana y elemental. Les reprochaba a "los de mostrador" su zalamería, su encorvamiento, su afeminada técnica. El, siquiera, tenía un trabajo independiente y viril: ¡era "jefe" dentro de su "departamento"! Y como no aspiraba a ser dueño, tampoco reconocía servidumbre.

...Pero ahora había acaecido algo trascendental. Frente a la estación del elevador, en el piso bajo, estaba el Departamento de Abanicos. Lo atendían un joven pálido, de pelo envaselinado, una muchacha rubianca y pecosa, otra velluda y gordezuela. Ninguno de los tres había herido particularmente la imaginación de Baltasar, que se acostumbrara a mirarlos, en las pausas de su labor, con la misma indiferencia con que miraba a las estanterías lejanas, o a las escenas versallescas y japonesas de los abanicos expuestos sobre el mostrador. Su selvático instinto sensual, que le había ocasionado el incidente de marras con la solterona de amplio escote, dormitaba, pues, durante las horas de faena. Apenas si algunas veces, en la excursión ascendente o descendente a lo largo de los pisos, se alebrestaba momentáneamente con el furtivo atisbo de alguna de las muchachas que trabajaban en los departamentos superiores. Pero en seguida su conciencia se solidarizaba de nuevo con la función del aparato, como si fuera la propia conciencia mecánica de éste.

¿Por qué se fué la muchacha gordezuela de los abanicos? No lo supo. El hecho importante es que una mañana apareció, substituyéndola detrás del mostrador, Ella—abrileña, rítmica, pulposa—maravillosamente sonrosada de

© Biblioteca Nacional de España

Por García Cabrera.

los rubores del aprendizaje. Tenía los ojos de un azul bucólico, como el humo mañanero de las chimeneas aldeanas, y los labios henchidos se le separaban de continuo, descubriendo el hilillo fúlgido de los dientes menudos. El cuerpo perfilaba un juego espléndido de ondulaciones misteriosas detrás del mostrador. Cuando alzaba los brazos desnudos para desplegar los abanicos, dorábasele un velloncillo inefable en la cuencia de las axilas.

Baltasar se quedó atónito. Tuvo, en seguida, un presentimiento de su perdición, y quiso imponerse a sí mismo desde el primer instante, someter su instinto a estrecha vigilancia, a heroica disciplina. Durante un día entero se abstuvo de mirar. Clavaba los ojos en el techo de metal, en la palanca, en la firma de "Otis Elevator Co."... Se demoraba por los pisos superiores... Pero la misma inhibición espoleó el apetito. Y claudicó al fin, entregándose voluptuosamente a la contemplación de los circenianos encantos. ¡Con qué voraz ahinco traspasaba entonces su mirada el estrecho enrejado, en la primera jornada del ascenso, para tener de su cinosura una multiplicidad de perspectivas, desde todos los ángulos visuales! ¡Como se agudizaba el atisbo desde lo más alto, al borde ya del piso superior, para escrudiñar bien la cañadita de nácar del escote, el declive inmaculado de la nuca, el perfilillo de las pestañas! Y cuando la plataforma del segundo piso interceptaba brutalmente la visión, ésta se prolongaba imaginativamente, tan vívida, que parecía que la imagen deleitosa subiera con él, en el mirífico elevador de la fantasía.

Boribotaba, entre tanto, su letanía de surtidos—"Vestidos y Sombreros... Ropa Interior... Artículos para Niños...—; pero en un lenguaje sordo y confuso, viciado por un retorno inadvertido de su primitiva tartamudez... Un día, una señora protestó:

"Hijo, ¿qué dice usted? ¡No se le entiende una palabra!

Baltasar tuvo una sacudida. Poco faltó para que, atraída la palanca con el sobresalto, no se alterase peligrosamente la marcha del elevador. La señora se quedó rumiando sus protestas, anunciando que "hablaría en la oficina"... Aquel día, después del cierre, Baltasar fué amonestado. Tartamudeó unas excusas, humildemente. La alta gerencia se sonrió detrás de los burós una sonrisa recíproca; pero insistió en la advertencia y le conminó a que acabara de desatarse la lengua. "Hasta para ser mozo de elevador había que saber hablar."

Compungido, herido en lo más profundo de su suficiencia técnica, Baltasar no durmió en toda la noche. La gesticulación consejera de Bermúdez, el dueño, se le confundió en la representación mental con las imágenes deliciosas de la Musa de los Abanicos. Al día siguiente se levantó dispuesto a sacrificios heroicos. Puesto que era imposible no mirar, se libraría discretamente a la contemplación de la amada,—discretamente, es decir, del modo más disimulado, más alerta posible. ¡No iba a echar a perder su carrera impecable de dos años!

Castigada así por la voluntad, su primigenia apetencia se fué alquitarando, refinándose,

© Biblioteca Nacional de España

amansándose hasta convertirse en una dulce y platónica fascinación. La joven de los abanicos le sorprendió muchas veces mirándola embobado, con una líquida delectación en los ojos redondos. En aquellas sorpresas de su arrobamiento, a Baltasar se le encendían las mejillas, bajo las cuales empezaba a apuntar la pelusa de la primera barba, y desviaba la mirada con turbio disimulo. Eva, sin embargo, no se llamaba a engaño. Su íntimo menosprecio hacia el obvio adorador se traducía—con femenil inconsecuencia—en finos, calculados énfasis de la morbidez y de la línea. Aparentando no percibir el homenaje silencioso, depositaba sus coqueterías en el buzón de la curiosidad masculina, como otras tantas misivas sin destinatario... Y él la advinaba entonces, más que la veía, trenzándose las manos a la espalda para dejar bien destacado el busto agudo, o aechando el aire con las caderas al pasar brevemente por detrás del mostrador.

Baltasar sufría el sufrimiento de las ambiciones sin esperanza, el suplicio tantálico de mirar, mirar, mirar, sin acceso posible. Cuando terminaba la jornada, las muchachas eran las primeras en salir. Ella tomaba su bolsita, escondida en la estantería, se empolvaba, esponjábase los labios ante el espejo para el beso del *rouge*, se encajaba el bonetito, y salía,—sin una sonrisa, sin la dádiva de una mirada; llenando la perspectiva de una fuga de curvas armoniosas. El, galeote de su galera de acero, quedaba allí uncido y atento al trasiego final de la dependencia. De poder hablarle, tampoco se hubiera atrevido a hacerlo. Tenía miedo: miedo de su inexperiencia, de su extranjería, de su tartamudez, del "no" sofocado de risa, que hubiera derribado la endeble esperanza, tronchando para siempre la yedra de la contemplación.

Una tarde, cuando más embebido estaba en ella, el encargado del piso,—especie de monitor ambulante—le dió un toquecito en el hombro:

"Le vengo observando. Usted no hace más que mirar. Le han sonado tres veces el timbre llamándole desde arriba. ¿Está ido, o qué?

Estalló una carcajada. Limpia, fresca, saltarina, como un chorro de agua clara. Era de Eva. El encargado la miró severamente. Baltasar, aturdido, cerró de un golpe la puerta plegadiza, rozando ligeramente el brazo del encargado, a quien se le cayeron al suelo los lentes en el esguince instintivo para protegerse. El ascensor subió como alma que lleva el diablo—el pobre diablo encogido de Baltasar—y bajó de nuevo al rato, cargado de señoras de semblante fruncido.

"Baltasar, te llaman de la oficina. Me han dicho que me encargue del elevador."

Le liquidaron el sueldo del mes.

Eran $13.13.

J O R G E M A Ñ A C H

¿Qué pienso del arte moderno?... Lo he venido practicando durante setenta años—replicó con una deliciosa sonrisa Bernard Shaw—; pero, hablando en serio, supongo que debe de haber algo bueno en él. Tengo la impresión de que muchos ineptos lo están usando para encubrir sus limitaciones. Pero fíjese en Matisse, por ejemplo; por la seguridad y belleza de su línea, conozco que el hombre pudiera dibujar al modo académico, si quisiera. Confesaré que, al principio, sus obras me parecían extrañas; pero las he contemplado ya tanto, que ahora veo su belleza sin permitir que la aparente extravagancia interfiera con mi apreciación de la parte que me gusta... No creo que se haya llegado todavía a la meta; pero todo gran movimiento tiene sus procursores. No importa que se trate de religión o de arte. Cézanne, Van Gogh, Matisse pueden no ser más que profetas o Bautistas.

Pero lo que hay que admitir, quiérase o no, es esto: contemple con suficiente frecuencia estos cuadros modernos, téngalos Vd. en su casa, y ellos le harán sentir que la obra de sus predecesores es roma, opaca, monótona y sin vida."

(De una entrevista por S. J. Woolf en el "New York Times").

© Biblioteca Nacional de España

TRADUCCIONES DEL CHINO

También Cristóbal Morley es un valor que hay que conocer en la nueva literatura — por nueva, entendemos más acá de Hawthorne, de Emerson, de Bret Harte — norteamericana. Morley es una especie de Chesterton epicúreo y sin dogmas. Es, como el inglés, gordo y eupéptico; fino y ágil por dentro. Fuma del rubio de Virginia en pipa; va a Francia todos los veranos, y es un mandarín jovial e irónico, elegante y pulido, sobre las rudas letras del Norte.

DE UN POETA QUE MURIO JOVEN

Fué maestro de los poemas parados en seco,
De los breves poemas en que las palabras son pocas,
Pero el sentido continúa en los corazones.
Su vida, también, fué así.

TEDIO A LA HORA DEL TE

La cortesía tiene sus desventajas.
¿Se acuerda usted del viejo problema
De los Siete Corteses Mandarines?

Siete Mandarines Ceremoniosos
se reunieron para tomar el té
en una fascinante pagoda.
Surgió la cuestión de procedencia.
Ninguno de estos gentiles a la antigua
deseaba ocupar los más honorables asientos.
El celador de la casa de té,
—un tipo pequeño y calculista—
sugirió a estos simples de chapa añeja
que tomaran el té juntos diariamente
hasta que todos se hubieran sentado
en todos los órdenes posibles.

Los cándidos Mandarines
encantados de tan social solución
de su honorable dificultad
aprobaron con gran contento.
Aprendieron demasiado tarde
que se habían condenado tediosamente
A reunirse todos los días
por cerca de catorce años.

STOP-SHORT

Pero cómo los bárbaros norteamericanos
Descuidarán su deber filial
Que tienen que fijar, por aleluya,
Un día para honrar a sus Madres.

© Biblioteca Nacional de España

UN MOTE

Excelente persona ese otro amigo mío
Que, necesitando un mote para su reloj de sol,
Inscribió en él
No me interesa la oscuridad.

EL POTE

Cuando teníamos un cocinero chino
Solía preparar magníficas raciones de arroz
Con una picante salsa pardoscura,
Una salsa hecha de habas.

Un día, cuando se había marchado,
Encontré, arrojada en el desecho
(Donde encuentro tantas maravillas)
Aquel potecito obeso de arcilla,
De bruno barniz, cuello corto, pico mocho,
En que la salsa de habas havía venido de China.

Bendito pote salsero! ¡Qué apropiado
Para colocar dos narcisos,
O una gavilla de limpia-pipas!

Registrad siempre el latón, of filósofos!
Que el desecho de otras gentes
Es a menudo vuestro tesoro.

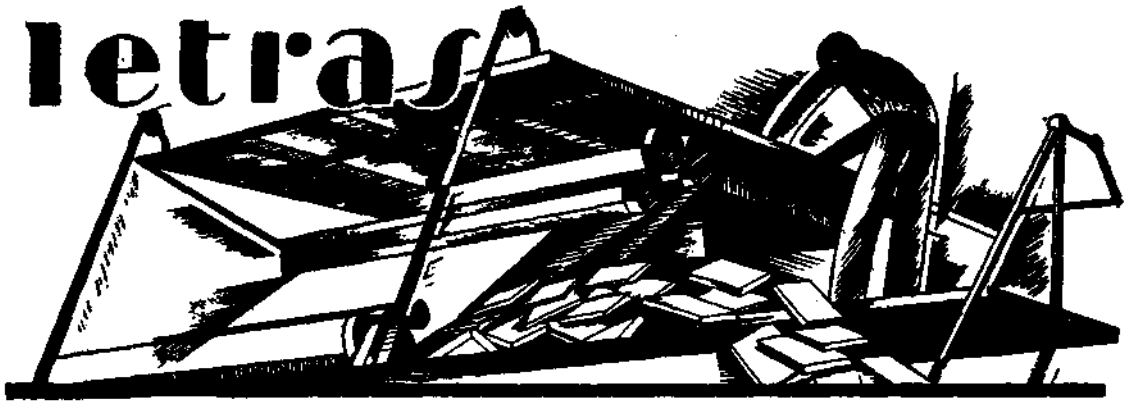
MEDITACION DE UN BALNEARIO

Mis amigos norteamericanos
Me dicen cómo aman los baños de mar.
Y sin embargo, cuantas veces salen del deporte
Se anegan en una ducha de agua dulce
Lavándose esa costrilla de sal
Que fué la virtud de la inmersión.

Así, oh filósofos, vuestros jocundos estudiantes
Se zambullen en vuestro acerbo piélago,
Pero antes de volver a su vida diaria
Cuidan siempre de quitarse toda traza
De vuestro hedor salado de océano.

(*Versión castellana de j. m.*)

© Biblioteca Nacional de España



REFLEJOS, por Xavier Villaurrutia. Editorial "Cultura". México. 1926.

Aunque esta breve colección de poemas es de 1926, nos llegó ahora, avalada por el prestigio flamante de "Ulises", la sensitiva revista hermana, que Villaurrutia, el poeta, y Salvador Novo, el ensayista, editan en México. Pero ¿qué importaba, después de todo, la fecha de "Reflejos"? Estos poemas, pulcramente trabajados, herméticos —para que no se escape su fina esencia de emoción captada— son de ahora, son de siempre. Su lectura nos ha dado —ya el poeta lo sabe, por las privadas letras— toda una semana de horas exquisitamente difíciles. No los hizo Villaurrutia para los papelitos de almanaque. Ni para los abanicos. Ni para las veladas "culturales". En rigor, no los hizo para nada ni para nadie: se le escaparon, como puras reacciones de su sensibilidad temblorosa. Son poemas adjetivos —¿no los llama ya el poeta "Reflejos"„ —en que se representan las cosas, no según la imagen que nos viene de ellas, sino como el poeta las siente proyectarse en las aguas traslúcidas y palpitantes de su sensibilidad. ¿Y qué es, en fin de cuentas, toda poesía verdadera, sino eso: una percepción fugaz de los dobles de las cosas, una resonancia humana a los rumores de fuera. Villaurrutia no alude a los hechos mondos sino cuando resultan expresivos de una tonalidad interior: Hay, por ejemplo, codicia de renovación en su alma y

> Por eso las nubes se exprimen
> Y por eso crugen los muebles
> y por eso se inclinan los cuadros.

Nunca es plástico sino a condición de trocar en seguida su visión en pirueta de melancólico humorismo —humorismo responsable, que no es sólo juego, que no es sólo travesura y diversión: Humorismo, en fin:

> ¡Calor! Sin embargo, da pena
> beberse la "naturaleza muerta"
> que han dejado dentro del vaso.

Pero la nota dominante en Villaurrutia es, burla burlando, un eco de "melancolía sin tristeza", de preocupación trascendente:

> ¿Por qué la vida se complica
> como el vuelo de esa golondrina
> que burla toda la geometría?

Esta alianza del sentido plástico y visual de la realidad con la percepción de sus parentescos emocionales, de sus posibles mensajes anímicos, es casi constante en Villaurrutia, y le sirve a menudo para expresar con elegante y sutil sobriedad su anhelo de mudanza serena, de inquietud tranquila,

> para ver la tarde de siempre
> con otra mirada,
> para ver la mirada de siempre
> con distinta tarde.

Y en esa contemplación, espiritualmente activa y mentalmente transformadora, ¡cómo descubre y corporeiza lo sensación de las cosas! ¡Con qué entrañable precisión las describe o las sugiere!

> Me fugaría al pueblo
> para que el domingo
> fuera detrás del tren
> persigiéndome,

dice, en su alquimia del tedio dominguero; o de su cielo nocturno de Anáhuac:

> Cielo increíble
> tan estrellado y azul
> como en la carta astronómica;

o del sentir el tren que pasa en la noche:

> "...el corazón se apresura
> o, quien sabe, se detiene
> oyendo el silbido que
> raya largo de punta
> en la pizarra y nos deja
> un calofrío de infancia;

o de los tranvías, "Casas que corren locas —de incendio, huyendo,— de sí mismas".... Gran busca-

© Biblioteca Nacional de España

dor —y hallador— de imágenes inéditas y de emociones inaccesibles, Villaurrutia me parece uno de los poetas nuevos más genuínos de esta hora americana.—j. m.

LA INSTRUCCION SUPERIOR EN CUBA EN EL PRIMER CUARTO DE SIGLO DE VIDA REPUBLICANA, por Joaquín Llerena.—Este libro es una denunciación serena, valerosa y enérgica de nuestra bochornosa incuria ante el problema de la enseñanza superior. El autor ocupa un alto puesto burocrático en el sector administrativo de la Instrucción Pública. Es, pues, un hombre que sabe lo poco que se ha hecho y lo mucho que se ha dejado de hacer. Además, lo dice sin remilgos, si bien se escuda tras una dedicatoria de su obra y una ilimitada confianza en las promesas e intenciones renovadoras que actualmente cunden. Como casi todas las obras denunciatorias, carece de gran valor sustantivo. Su crítica es ovbia: cae más dentro de la categoría de la elemental censura. Pero tiene algunas apreciaciones agudas acerca de las deficiencias del Plan Varona, que rige hoy nuestra enseñanza. Ese plan, que nos parece desatinado, a juicio del señor Llerena, soslayó el verdadero problema educativo de nuestra nacionalidad incipiente, problema que "no era en el fondo cuestión de algunos aparatos más en laboratorios y gabinetes, de asignaturas suprimidas o agregadas, de alteraciones en la terminología, de profesores cambiados...", sino "de transformación profunda", "de creación". No precisa el autor muy claramente cómo debió haberse procurado esa transformación; se contenta con indicar el sentido nacionalista, de educación social, en que debió orientarse. Nuestra Universidad, dice, no ha respondido a las necesidades de nuestra juventud colectiva. Ha funcionado en abstracto, según se la concibió... Citaríamos, si tuviésemos espacio, numerosas apreciaciones sumamente certeras de este libro bien concebido, cuidadosamente escrito y oportunamente publicado. Léanlo quienes quieran enterarse bien de la birria que ha sido hasta ahora nuestro sistema general de enseñanza superior.

REVISTA DEL GRUPO MINORISTA DE MATANZAS.—En el Interior por lo menos, el minorismo va dejando de ser "un estado de ánimo", como lo calificó el propio denominador oficial del movimiento. Prueba de ello es que ahora nos llega, cuidadosamente editado, el primer número de la publicación cuyo título encabeza esta nota. Es una recopilación de las conferencias pronunciadas por el grupo yucayense en sus primeros cinco meses de vida. Al frente de ellas aparece el manifiesto con que el Grupo señaló su advenimiento y definió sus intenciones. "...nos hemos constituído en asociación para fomentar y difundir esa cultura", se dice ab initio.—Anotar, pues, que se trata de una "asociación", cosa que ya reviste cierta gravedad y que resulta particularmente significativa en virtud de la notoria repugnancia del grupo habanero a toda organización formal. Esta no siempre es una garantía de cohesión ni de fecundidad y, en cambio, suele restar agilidad, alegría, sentido de la propia iniciativa y de la responsabilidad propia. Y no traeríamos esto a colación aquí si no fuese porque se nos antoja que esa preferencia, ese prurito de seriedad un poco solemne, se denuncia en el primer número de la Revista de que nos ocupamos. Su formato y presentación, con ser muy ponderados, resultan también un poco ponderosos. Y de un tradicionalismo, de una parsimonia austera que nos recuerdan demasiado a la ilustre "Cuba Contemporánea". ¿No cree el Grupo de Matanzas que ya ha llegado la hora de renovar los clichés? Más sustancialmente; lo que echamos de menos, a primera vista, en el esfuerzo admirable de nuestros amigos es esto: Juventud. ¿Y el contenido? En este número hay una divulgación certera, acaso excesivamente esquemática, de Medardo Vitier sobre "Tendencias del Socialismo"; del Dr. Filomeno Rodríguez y del doctor Prudencio Bacelo, sendas conferencias un poco... doctorales; otra más del Dr. Diego Vicente Tejera, sobre "Las circunstancias agravantes y las ideas modernas", nutrida de doctrina y segura de juicio, si bien de prosa harto forense, fiscal; y, en fin, un ensayo final, buceador y pulcramente escrito, como todo lo suyo, de Fernando Lles, que se ocupa, muy oportunamente por cierto, de "Individualismo, Socialismo y Comunismo." ¡Lástima grande que esto, tan aclarador, no llegue—como seguramente no ha de llegar—a los sectores oficiales en que los dedos se han vuelto huéspedes indeseables de dos meses acá! Para resumir: todo este primer número de la R. del G. M. de M. es "cosa seria". Lo único que tenemos que reprocharle es que resulta, en conjunto, demasiado seria. Y el reproche tiene su importancia. Una de las razones porque la cultura ha sido siempre mirada en Cuba con desgano es que no se ha sabido comunicar gracia y amenidad a sus manifestaciones más genuínas. Los mejores, han escrito siempre en un tono de exotérica severidad, con ceño inexorable. Nos parece que esto no es necesario. Se puede bajar a lo más hondo con cierta gracia deportiva o circense (véase el último tomo de "El Espectador", de Ortega y Gasset). ¿No sería conveniente, pues, que introdujésemos un poco de buen humor y de agilidad juveniles en estas faenas de iluminación? Obreros de la cultura, trabajemos cantando. Sonriendo, al menos. Por lo demás, parabienes al Grupo Minorista de Matanzas, que está desautorizando nuestra sonrisa irónica ante aquello de "la Atenas cubana." Así, sí.—j. m.

© Biblioteca Nacional de España

ALMANAQUE

UNA CONFERENCIA DEL MAESTRO SANJUAN. — Los técnicos acabados de un arte cualquiera, suelen ser pésimos explanadores y juzgadores del arte que cultivan. A lo sumo, atinan a explicar los cómos de su propia manera; pero cuando se asoman a los predios ajenos, se les nubla la visión. Tal vez ello se deba a que en toda devoción artística hay mucho —inevitablemente— de fanatismo; fe en el credo propio, intolerancia hacia el de los demás. Lo cierto es que no hay nadie que desbarre tanto hablando del panorama de escuelas y tendencias en un arte dado como el profesional de ese arte mismo. Nadie sabe menos de Pintura que un pintor; de Música, que un músico... El Maestro Sanjuán Nortes es una rara excepción a esa regla notoria. Escribe y habla de música con sosegado equilibrio de simpatías y de rigores.

Su conferencia del día 7, celebrada en el Teatro Principal bajo los auspicios de la Asociación Hispano-Cubana de Cultura, fué una ojeada muy lúcida, muy escudriñadora, al panorama de la evolución musical moderna desde Debussy. Las limitaciones de tiempo explican, tal vez, ciertas deplorables omisiones: Eric Satie, Mac Dowell, Poulenc. Pero lo que abareó, quedó amorosa y rotundamente ceñido. Y dicho —cosa que nos agradó especialmente— con singular gracia y amenidad. Hay que añadir una palabra de elogio a la A. H. C. de C. por habernos deparado la experiencia, y otra de despedida al Maestro Sanjuán, que proximamente partirá para los Estados Unidos, especialmente invitado a dirigir algunos conciertos de la Orquesta Sinfónica de Los Angeles.

¡Palmas de Hollywood y mirtos de San Francisco para el amigo estimadísimo!

EL SUPLEMENTO DEL "DIARIO DE LA MARINA".—Hay que decirlo: está dejando harto que desear desde que lo dejó de su mano inmediata José Antonio Fernández de Castro. No es que queramos proteger a ultranza al amigo. Primero, que "1927" no se casa con nadie; y segundo, que en fin de cuentas, el sustituto aparente de aquél, el poeta Fernández Arrondo, no merece menos nuestra simpatía y estimación personales. Pero cuando se ha dado una demostración pública de aptitud para hacer las cosas bien, como la dió el Decano con su Suplemento del interregno renovador, se adquiere en cierta medida el compromiso de perseverar en la calidad. Juzgadores de aquí y de fuera de aquí elogiaron merecidamente la nueva factura y el nuevo contenido del Suplemento según vino apareciendo hasta hace un mes. Un gran periódico se ponía a tono estético e ideológico los más finos gustos y entendimientos actuales. No era simplemente cuestión de ismos ni de preferencias doctrinales. Era, sencillamente, un aire de modernidad; y cierta pulcritud, y cierto espíritu alerta, y cierto rigor estimativo. Hoy, todo eso ha desaparecido. Los últimos números del Suplemento, especialmente los del 31 de Julio y 7 de Agosto, estaban llenos de poco más o menos, de concesiones, de indulgencias: en una palabra, de mal gusto. ¿No volverá por sus fueros el Decano, tan inteligentemente dirigido por su doble—o triple!—jefatura?

LA GACETA DEL SABADO. — Buenos Aires. — Ha comenzado a publicarse en la capital argentina un interesante periódico con este título. Tiene por principal objetivo, según se declara en su "presentación", mantener las más íntimas relaciones entre los literatos argentinos e italianos, fomentando, de paso, el conocimiento, por parte del vulgo lector, de ambas literaturas. Aunque hay en el primer número de esta "Gaceta", artículos de interés y avaloran su contenido una que otra firma respetable, no nos entusiasma el tono general, poco afinado y falto de entonación superior, más de repertorio e información que de orientación y excitación. Esperemos, ya que, como se dijo con no poca oportunidad sobre "1927", el primer número de una publicación es índice muy precario para vaticinar de su obra futura. Esperemos. Pero hagamos notar el hecho sintomático de la publicación de un periódico americano destinado a unir tan serios esfuerzos intelectuales, a "suprimir el Atlántico", como pretende y declara esta "Gaceta del Sábado".

LOS BOLETINES DE LA EDITORIAL TITIKAKA.—Llegan hasta nosotros los boletines mensuales que publica la Editorial Titikaka, de Puno, Perú: pequeñas hojas cargadas de electricidad.

En los últimos números se comenta con vibrante elogio el libro de Alejandro Peralta "Ande", que a juzgar por los poemas que el Boletín inserta y

© Biblioteca Nacional de España

por la varia crítica de fuertes mentalidades continentales, es un vigoroso paradigma de lírica autóctona.

Este libro de Peralta, a más del valor intrínseco que su aporte supone para la actual poesía americana, tiene otro inestimable: su resonancia en los sectores del arte, de la crítica, aun de la política. Algo más que una estética se ha postulado: el "andinismo", nuevo sentido de la vida suramericana, nueva visión, apreciación y valorización de las cosas y de los hombres, nuevas reacciones ideológicas, sensoriales, simplemente humanas, en fin. Ved cómo un escritor puneño —Federico Moré — nos traza en pocas palabras un postulado de andinismo:

"Suramérica tiene en sus Andes el supremo símbolo de la más estupenda unidad. El andinismo es la fuerza de la inspiración, algo así como el espíritu de Dios sobre las aguas. Andinista sabe ser el continentalismo del continente andino. EL NUESTROS ANDES suene en nuestros oídos como el MARE NOSTRUM suena para los latinos que medran en las orillas del Mediterráneo".

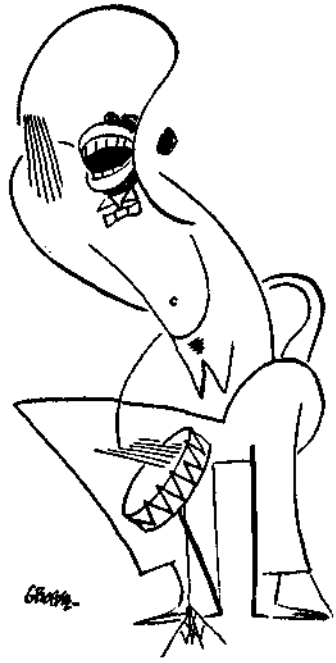
Pluralidad de firmas amigas—las de Esteban Pavletich, Serafín Delmar, Magda Portal, Alberto Guillén... — imprimen carácter a las páginas del Boletín. Y en uno de los números se inserta un poema — "México" —de nuestra Mari Blanca Sabas Alomá.

¿Por qué no se reciben más en la Habana estos boletines puneños?

Sería buena su difusión para ejemplo de tanta juventud nuestra aletargada, perezosa, anémica, demandando a gritos nuevas vitaminas.

LA EDITORIAL "CULTURA".— La poderosa empresa librera propietaria de "Cervantes" y "La Moderna Poesía", anuncia con bombos y platillos la edición de respetable número de obras cubanas de autores *desaparecidos*. El propósito no puede ser más digno de aplauso y de cuidadosa atención por parte de los que entre nosotros, tienen cura de almas de selección. Poseer hoy un libro cubano de la época colonial es lujo que sólo pueden permitirse los ciudadanos de bolsa apoplética; adquirir un ejemplar de Saco o de Varela, y aún de autores vivos como Varona o Montoro, es empresa seria en alto grado. Poseer la colección de las obras de Martí —¡vergüenza!—cosa imposible.

La Editorial ha comenzado con raro acierto su labor, designando Director Literario de las Ediciones Cubanas, a Fernando Ortiz, tan conocedor de nuestras letras coloniales, tan avisado en todo lo característicamente criollo, pero, tan alerta, a un tiempo mismo, a las modalidades y exigencias del espíritu actual. Nadie tan preparado como nuestro polígrafo para distinguir entre lo clásico y lo simplemente viejo, nadie tan sabedor de que, las obras animadas de un sincero y alto espíritu son siempre nuevas y, para cierto linaje de almas, siempre interesantes. Pero, sería oportuno hacer esta pregunta: ¿se van a dar a la posibilidad económica de todos, obras de fácil venta o un repertorio cuidadosamente dispuesto, de obras que aunque de interés limitado, deben estar en la Biblioteca de todo hombre de letras cubano y asequibles siempre al extranjero que quiera ahondar en nuestro pasado? ¿Por qué la Editorial no comienza por darnos las Obras Completas de José Martí? La utilidad mercantil correría pareja con el beneficio intelectual. ¿Se duda de ello? He aquí un dato concluyente: No hace más de dos años que Alberto Ghiraldo comenzó en Madrid la publicación de las Obras de nuestro gran libertador. Por razones que ignoramos sólo vieron la luz seis tomos de los diez y seis anunciados. Búsquese hoy, en nuestras librerías o en las españolas, un ejemplar de los tomos editados por Ghiraldo. Toda gestión será inútil. El último libro ha sido ya vendido.



Por Gropper.

Puede el Dr. Fernando Ortiz prestar a la cultura cubana un servicio más y en verdad eminente, haciendo posible la difusión por el mundo—por nuestra América especialmente—de las obras de nuestro admirado y desconocido Martí.—**J. M. V.**

No es el individuo elegido el que constituye la anécdota, sino la manera en que se la transcribe plásticamente. La verdadera anécdota se encuentra en la técnica, cuando ésta es insuficiente. Es anecdótico todo cuadro, aún cuando no represente más que una botella, si la materia que lo acondiciona carece de calidad, si la transposición es inferior al objeto.

André LHOTE.

© Biblioteca Nacional de España

"Falta de sentido crítico que también se acusa en suponer admirables los pueriles esperpentos del pintor Diego Rivera."

C. Villalobos Domínguez, comentando "Indología", de José Vasconcelos, en la Revista "Nosotros", de Buenos Aires.

* * *

"El verdadero nacionalismo, no el ridículo y carnavalesco nacionalismo al uso que cae en éxtasis ante un sombrero charro o una enagua de castor, ante los monigotes infantiles de Diego Rivera y sus víctimas y ante la prosa y el verso estrafalario de la legión estridente."

El orador Don Querido Moheno, en el "Diario de la Marina".

* * *

"El Hombre está formado
a base de verdades
de Física y de Química,
por una "Ley Fatal";
no hay nada que no tenga
por causa consecuente
a tal efecto, exacto
una razón causal.
.. ..
La noche es la variante
del soleado día;
la muerte es de la vida
otra razón fatal;
el hoy es del mañana
la suma consecuente
y el Hombre el "quare-cáusam"
de su inocente mal."

Estrofas de "La Ley Fatal", poema del señor Amiana Gómez, calificado de "filosófico" por el señor Félix Callejas en su sección de "El Mundo".

* * *

"Rodríguez Morey en esa Presidencia es una plena garantía de acierto y una seguridad absoluta de que se acabaron todos los torpes desaciertos y las ridículos ignorancias disfrazadas de vanguardismos y de adefesios de caballitos de queques.

"El arte no puede ser más que uno, bello, grande y vigoroso, pudiéramos decir "macho", para sintetizar una idea de su poder y de su grandeza. El arte no puede ser ni nunca lo ha sido, enfermizo, débil, torpe y feo. Eso no es más que la ciega caricatura de la impotencia, que no pudiendo dar la sensación de vigor, de vida y de fuerza, produce esos engendros desgarbados y ridículos que expresan admirablemente la concepción enfermiza y débil de todos los fracasados y vencidos de impotencia, sin alma ni valor para darnos la única y exacta impresión de arte."

Tomás Servando Gutiérrez, discurriendo sobre la obra del señor Presidente de la A. de P. y E. en "El País".

* * *

"Ese movimiento epiléptico de los novísimos "inspirados" y "creadores" en el campo del arte, tiene varios nombres: "ultramodernismo", "dadaísmo", "ultraísmo", "vanguardismo", etc.; pero, en lo esencial, el caso patológico o psiquiátrico es uno solo, caracterizado por la exaltación o la hiperestesia de lo absurdo y lo extravagante y por la vanidad y la osadía de la impotencia disfrazada de genio. Los flamantes portaliras, portapinceles y otros instrumentos de arte, procuran impresionar por la obscuridad de sus conceptos y por la estridencia de sus tonos, acaso con la esperanza de que pueda reptirse, respecto del arte verdadero y eterno, el milagro de aquellas trompetas bíblicas que lograron con sus notas superagudas, derribar las murallas de Jericó... y romperles el tímpano a cuantos las oyeran; pero la música agria, incoherente y arítmica de estos "genios" "posbellum", sólo impresiona y arranca aplausos a los "snobs", maniáticos de la última moda, aunque sea soberanamente ridículo, y gente que presume de saber de todo sin comprender nada.

"Lo que algunos llaman "poesía actual" o "de ahora", y otros, "poesía de vanguardia", abunda en partos malogrados o abortos como los citados a continuación, a manera de ejemplo."

Ducazcal, en "Bohemia".

Estos tiempos que ahora vivimos corresponden a la resurrección del inocente. Producen esta transformación, nuestro progreso material y espiritual, que da relieve singular a nuestra personalidad histórica y el prestigio que ganan en el mundo los principios de justicia, de confraternidad, que intentan establecer la paz entre todos los pueblos.

El Presidente Leguía, del Perú, en su discurso último ante el Cuerpo Diplomático residente en Lima.

© Biblioteca Nacional de España

D I R E C T R I C E S

(Continuación de la pág. 246)

Entendemos, sin embargo, que un paso previo a toda tentativa de escolarizar el periodismo, ha de ser garantizar la posibilidad de exigir, por vías casi coercitivas, a las empresas, la designación de periodistas graduados para la redacción de sus periódicos. Este es el problema fundamental; porque no son, como ordinariamente se cree, los periodistas los principales culpables de la corrupción del periodismo, sino las empresas. Más aún, el día que las empresas periodísticas se den cuenta de que un periódico no es una agencia de negocios ni una lonja de contrataciones mercantiles, al obrero del periodismo no le quedará otro remedio que regenerarse moral e intelectualmente, y entonces habrá que cerrar por inútil la pretendida escuela.

La cuestión del periodista—cada día más pavorosa para el verdadero periodista y para el lector inteligente de periódicos—es una cuestión de competencia, como la de cualquier otro obrero manual o intelectual. Aquél que reuna mejores condiciones de eficacia y pericia; aquél que rinda una labor más considerable cuantitativa o cualitativamente, será en todo caso el preferido. Ahora bien, ¿quién mide esta competencia: un periodista experto, un editor de larga experiencia? No; las más de las veces un "parvenu" del periodismo, que ha mercado, por capricho o por negocio, un periódico, con dinero habido no se sabe cómo. Y ¿con arreglo a qué criterio se determina la competencia del periodista? ¿Se aprecian su talento, su inventiva, su perspicacia, sus dotes inquisitivas, su aptitud polémica, su integridad moral? No; generalmente el periodista es un instrumento más de la empresa, sin aplicaciones determinadas; lo mismo servirá hoy para hacer una crónica política, que mañana para figurar como testafero, corredor o agente en una operación financiera.

Predominando un criterio de esta naturaleza, formados los periódicos sin otra finalidad que la del lucro, dirigidos por simples "bussiness men" que sólo mantienen el periódico como escalón de altas posiciones en la esfera de la economía o de la política, es natural que se llenen las redacciones de periodistas improvisados, entes sin preparación intelectual ni envergadura ética para el oficio; pero por esas mismas razones más fáciles a la mendacidad, al "chantage" y al soborno.

¿Qué es, actualmente y salvo excepciones, un periódico entre nosotros?

Un negocio como otro cualquiera.

¿Qué debiera ser?

Un negocio, sí; pero además un sustentáculo de doctrinas, un órgano de ideas, un vocero de la opinión.

¿Se logrará con la implantación de una Escuela de Periodismo que el concepto del periodismo recobre su prístina pureza?

Cuando esto se nos garantice, será oportunidad de discurrir sobre las disciplinas a cursar en la proyectada escuela; tarea más delicada de lo que pudiera parecer, pues la carrera del periodista, por la misma índole de las funciones periodísticas, se resiste más que ninguna otra a la limitación escolástica y lo mismo podrá ser la más fácil como la más difícil.

M A R T I , P O E T A N U E V O

(Continuación de la pág. 255)

vez que son sinceras, son nuevas", se condensa toda una teoría poética de los tiempos nuevos. Efectivamente, en alto grado poseyó Martí —innatamente,— el sentido de la poesía vanguardista. Antes que los ultraístas, ya él había proclamado —en alguno de sus prólogos relampagueantes,— la sencillez en la forma. Y había cantado en páginas de acero la belleza trepidante de los puentes. Hombre superior supo, además, corresponder a la novedad de su arte con la limpieza de su espíritu. En esto estriba fundamentalmente la autenticidad de sus estrofas, más nuevas aún que las de muchos vanguardistas "enragé".

Urge, pues, en consecuencia, que una pluma también nueva, despojada de prejuicios y transida de sustancial inquietud, ensaye una interpretación cabal de la vida y de la obra de José Martí. Lo exige la juventud cubana. Lo exige el instante histórico.

© Biblioteca Nacional de España

"1927"

Revista de avance, en cuadernos de treinta y dos páginas.

ALGUNAS OPINIONES SOBRE "1927"

José Rafael Pocaterra, desde el Canadá: "Encantado de ir como pasajero en "1927"... que me ha traído aire de afuera, de alta mar, yodado, vigorizante... Hasta la terminología marina es sana y fuerte. De corazón con ustedes; y dentro de los ideales que anuncian y con ese libro de bitácora, cuando haya que acuchillar piratas o echar a pique negreros, avísenme!"

G. Jiménez Caballero, Director de "La Gaceta Literaria", desde Madrid: "Queridos amigos: ¡muy bien la Revista. Les mandaré alguna cosa con mucho gusto. Salud y fuerza!"

El Dr. Atl, desde México: "1927" es la mejor entre todas las Revistas de nuestra juventud americana—la más sincera, la más viviente. Mi más cordial felicitación por este vigoroso esfuerzo intelectual."

Ramón Gómez de la Serna, desde Madrid: "¡Bravo por ese "1927" de tan potente modernidad! Hay sitio para ustedes en la noche de Pombo. Saludos y devoción de—RAMON."

"1927" REVISTA DE AVANCE

Viene decidida a perdurar!

¡SUSCRIBASE!

Su simpatía platónica nos complace; pero no nos ayuda.

"1927" no es una empresa de lucro, sino un empeño juvenil de cultura. Por lo mismo, necesita del concurso de todos los hombres de buena voluntad e inteligencia alerta... de todos los hombres que quieran ir con su tiempo... de todos los cubanos que tengan curiosidad por saber cómo se piensa y se siente más allá de la Playa del Chivo!

Recorte el cupón y mándelo.

Sr. Administrador de "1927".
Apartado 2228. La Habana.

Acompaño $..... (Un peso cada trimestre: 6 números). Suscríbame.

Nombre .....

Dirección .....

"1927. EDITORIAL"

Preparamos nuestras primeras ediciones, cuya publicación se hará mediante previa suscripción, con tiraje limitado, al precio estricto de su costo.

"1927" con esta empresa, se propone facilitar la publicación de obras cubanas y fomentar, en Cuba y fuera de Cuba, el libro cubano. Un criterio severo de selección la presidirá.

Se trata, pues, de una empresa cultural absolutamente desinteresada.

El precio de nuestras ediciones no excederá nunca de un peso, y no se editará más de una obra mensual.

Llene el aviso que figura al pie, y recibirá las ediciones "1927" al precio de su costo.

"GONGORA Y LA NUEVA POESIA"
por Francisco Ichaso

será la primera publicación de nuestra Editorial.

Sr. Administrador de "1927":

Sírvase mandarme las obras publicadas por la Editorial 1927, al precio de costo, a medida que vayan apareciendo.

Nombre .....

Dirección .....

ANUNCIANTES!

NO SIEMPRE ES EL NUMERO DE LA TIRADA LO QUE IMPORTA!... SI SU PRODUCTO ES PARA GENTE DE CALIDAD, LO QUE A VD. LE INTERESA ES QUE LO LEA UN PUBLICO QUE SEPA AQUILATAR... ANUNCIESE EN "1927"!... ESTA REVISTA CIRCULA ENTRE UN PUBLICO DE SELECCION, EN CUBA Y FUERA DE CUBA...

NO OLVIDE QUE CADA NUMERO TIENE VARIOS LECTORES.

© Biblioteca Nacional de España

Arellano y Mendoza

Ingenieros y

Arquitectos.

Contratistas

CONSULADO NUM. 126

© Biblioteca Nacional de España

Institución Hispano-Cubana de Cultura

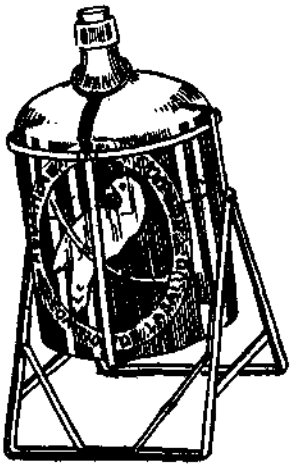
CURSILLOS UNIVERSITARIOS

CONFERENCIAS de DIVULGACION

INSCRIPCIONES:

DR. FERNANDO ORTIZ

San Ignacio, 40.



Agua Mineral "LA COTORRA"

Unica clasificada por la Secretaría de Sanidad como de Primera Categoría, por ser de manantial de roca serpentina.

Botellón puesto en su casa: 50 centavos.

Pedidos: I-2736 y A-2568

LIBROS

LIBERACION

de Juan Marinello.

$ 1.00

ESTAMPAS DE SAN CRISTOBAL

de Jorge Mañach.

$ 1.20

LA POESIA MODERNA EN CUBA

por Félix Lisazo

y

J. A. Fernández de Castro.

$ 1.00

Recomendamos:

"Revista Bimestre Cubana"

PUBLICACION DE LA "SOCIEDAD ECO- — NOMICA DE AMIGOS DEL PAIS". —

Director: **DR. FERNANDO ORTIZ**

"SOCIAL"

Director: **CONRADO W. MASSAGUER**

EL MEJOR MAGAZINE ESCRITO EN ESPAÑOL.

© Biblioteca Nacional de España